Revista

Daga

ESCUELA ESCRITURA PARA MUJERES
Nº

En este número
Editorial Los lugares que habitamos

TERRITORIOS
Callejeando la Memoria - PATRICIA ROJAS
Cuidar el Sur - PAMELA MUÑOZ
Irene flota en su tristeza - MARILYN DEL PUERTO
Gotas de agua en tierras amarillas - MARCIA ESPINOZA
Si desapareciera el sur - PATRICIA ROJAS
Tu calle - ROCÍO HUMERES

CUERPO
El dolor del sobreviviente - Paz Sanero
Dragón guardián de la noche - Pamela Muñoz
Aquí, donde me curvo - Pamela Muñoz
Sin luz - Mónica Osorio
Migraña - Marilyn del Puerto
La esquina - Su Venegas
Confianza - Su Venegas
Los ositos - Su Venegas
Reverberar de tu voz - Mónica Osorio
Moscas en el bosque - Marcia Espinoza
T*ransfiguración* - Marcela Solo de Zaldívar
Vive - Susan Venegas

EMOCIONES
Desvelos - Rocío Humeres
De noche - Mónica Osorio
Rabia adulta - Marilyn del Puerto
Trazos - Patricia Rojas
El árbol de la humildad - Patricia Rojas
Memento - Paz Sanero
Luminiscencia - Rocío Humeres
Criaturas peligrosas - Marcia Espinoza

EDITORIAL

Los lugares que habitamos

En 2006, la destacada filósofa y escritora francesa Hélène Cixous declaraba en su ensayo La llegada a la Escritura: “Yo no «empiezo» por «escribir»: yo no escribo. La vida hace texto a partir de mi cuerpo. Soy ya texto. La historia, el amor, la violencia, el tiempo, el trabajo, el deseo lo inscriben en mi cuerpo, acudo al lugar donde se hace oír «la lengua fundamental», la lengua cuerpo en la cual se traducen todas las lenguas de las cosas [...]”.

Hoy, esa afirmación tiene un significado relevante para un grupo de mujeres unidas por su amor a la escritura, y que presentan en esta edición obras inéditas, creadas durante el primer semestre de 2024 en el Curso “Escritura Creativa Avanzada”, impartido por la Escuela de Escritura para mujeres. Cada una de estas escritoras, desde sus particulares territorios físicos e inmateriales, ha experimentado la misma punzante incomodidad que nace de todo aquello que el ser humano no puede ni debe callar, convergiendo así en un espacio seguro de expresión y experimentación. Es aquí donde, a través de la escritura, han descubierto —con un asombro extraordinario— que las cosas que las unen son muchas más que aquellas que las diferencian.

La transmutación colectiva ha sido, por tanto, desde el hacer escritura al ser escritura. Así, se han dejado tallar por la “daga” punzante de las palabras, que finalmente ha plasmado en ellas —y también en estas páginas— la cartografía íntima de sus reflexiones. Se manifiesta entonces la escritura como un arma de doble filo, capaz de transformar tanto a quien recibe la estocada como a quien la proporciona, en una especie de dialéctica del dolor que busca la redención de ambas partes. Porque, ¿no es acaso la tribulación de la literatura al mismo tiempo el antídoto contra la indiferencia y la banalidad?

De esta manera, las autoras buscan expresar ideas y emociones que emergen desde lo profundo del ser, aquel lugar tan íntimo al que sólo se puede llegar cuando se tiene la valentía de mirar hacia el interior de uno mismo, sabiendo que se encontrará una multiplicidad de emociones y pensamientos. En este sentido y, tal como preconiza Cixous, las experiencias vitales permean la membrana de nuestra individualidad, volviéndose parte de nuestra identidad misma y, por extensión, del oficio literario. Sostenemos, por tanto, que los lugares que habitamos juegan un rol decisivo en quienes somos como sujetos de la escritura. De ahí que confluyen en esta revista diversas miradas sobre el significado de esos territorios y su impacto en cada una de nosotras.

Así, en primer lugar, el territorio es visto en su sentido más literal, como aquella superficie terrestre donde nos desenvolvemos, a la cual a veces nos arraigamos, otras veces no, pero que siempre deja una huella en quienes somos y en nuestra forma de contemplar la vida. Por otra parte, también es abordado en un nivel más personal, entendido como el cuerpo y las emociones, unidos ambos por el hilo conductor del dolor, entendido este último como experiencia sensorial física a la vez que emocional. Este sentir se torna una superficie conocida —tanto de manera individual como colectiva— la que, si bien es cierto puede alienar, también nos da la opción, haciendo esa introspección antes mencionada, de convertirlo en una invitación a movilizarnos y, tal vez, liberarnos de él.

En esta edición, deseamos compartir estas inquietudes con todas aquellas personas que estén indagando sus propios territorios, tanto físicos como emocionales. Los invitamos a un viaje; a tomar esta revista como un mapa de exploración y a dejarse llevar por la empatía, la reflexión, y así descubrir en algunas de estas líneas, una conexión; un sentido de pertenencia que muchas veces es esquivo en la vorágine de la vida actual.

Callejeando la me moria

PATRICIA ROJAS

Cuando buscamos la definición de callejeando, todas las acepciones de la palabra nos llevan a la idea de andar de calle en calle sin necesidad. Puedo comprender y adherir a ese concepto cuando sea por simple gusto, pero en mi caso yo apelo un callejeo intencionado, un callejeo con objetivos: traer al tiempo presente la historia que cuentan las calles, reconstruir la memoria desde la mirada de quien ha crecido y vivido casi por cinco décadas en un territorio, acercar a quienes con un pasado común hoy se alejaron pero siguen unidos por lazos invisibles a las calles, ayer polvorientas hoy muchas aplastadas por el pavimento de la modernidad, pararme una esquina o en la mitad de una cuadra, cerrar los ojos y volver al pasado donde las imágenes en la retina son acuarelas de colores de un modo de vivir y habitar que transito el pasillo que conecta el pasado con el presente.

Y aquí quiero detenerme en otro concepto fundamental de mi callejeo la memoria, esa que en una definición muy intuitiva se construye con retazos grises y un poco carcomidos por el olvido, de las vivencias, los testimonios y el recuerdo de las personas.

La memoria esa facultad de los seres humanos de retener y recordar el pasado, un pasado que se escribió en las calles, en el interior de las viviendas, en la estación del tren, la quinta de recreo que no podía faltar para guardar los secretos de los viajeros intrépidos, en el embarcadero de un río que su corriente le impide guardar en quieto remanso las historias que surcaron su cauce impetuoso, en el molino antiguo que transformaba el trigo.

Así partió esta idea, callejear para recordar y no solo para que yo recuerde si no para detonar un proceso de recuerdo colectivo, que se vivifique el cordón umbilical imaginario que nunca se corta con el origen. Callejear surge de una anécdota, de tiempos antaño tal vez más de cuarenta años atrás, cuando escuchaba que mi abuelo le decía a mi madre una joven impetuosa en aquel tiempo:

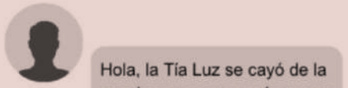
Así partió esta idea, callejear para recordar y no solo para que yo recuerde si no para detonar un proceso de recuerdo colectivo, que se vivifique el cordón umbilical imaginario que nunca se corta con el origen. Callejear surge de una anécdota, de tiempos antaño tal vez más de cuarenta años atrás, cuando escuchaba que mi abuelo le decía a mi madre una joven impetuosa en aquel tiempo:

-Esta muchacha, que no para de callejear- hoy cuando el tiempo ha transcurrido me vino a la memoria ese reto sabroso y me dije a mi misma voy a hacer lo mismo que mi mamá, con otro sentido, no para juntarme con amigas si no para juntarme con el pasado, sin orden preestablecido, solo sabiendo que cada calle tiene historias, un callejeo de desvarío errante, acompañada de mi teléfono, a las 7:20 de la mañana camino por las calles capturando imágenes, a ratos figuras ululantes parecen acompañarme, poblaciones antiguas, coloridas o no tanto, lugares donde estaban o donde aún están negocios de barrio, casonas antiguas, puentes, pasarelas, territorios cargados de historia, el barrio estación, huelo el carbón y me parece a lo lejos que se acerca su majestad ruidosa, hombres y mujeres se apresuran, suben y bajan, música, tango, cha cha cha, cumbia. Burritas transportan en sus estructuras empinadas a los viajeros, grandes almacenes y pulperías, el tren se aleja y de un plumazo se van los recuerdos, queda inmutable el silencio.

Me alejo y voy a otro callejeo, el molino de manzanas, a 50 metros de la Escuela cosa impensada en los tiempos modernos, comparto la foto en el Facebook y al rato me llegan comentarios de los recuerdos que mi ocurrencia despertó, todos se acuerdan del dueño, del néctar de la manzana que a salida de la escuela más de alguno pasaba a probar sin culpa ni vergüenza, allá está la escuela en el casco histórico de esta ciudad de ensueño. Otro foto otro día y otros comentarios, historias de niños que lograron sus sueños. Así sigo callejeando sin ganas que termine, sin ganas de abandonarlo, la red se va haciendo mas grande y lo que empezó como un experimento hoy se ha transformado la misión del día con alegría y empeño.

CUIDAR EL SUR

PAMELA MUÑOZ

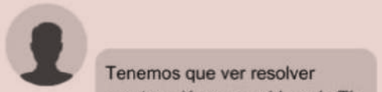


Ese mensaje hizo trizas mi rutina matutina. ¿Cómo puedo bañarme tranquila ahora? Armo y desarmo su significado y repercusiones en mi cabeza, mientras me visto con un elegante traje sastre negro.

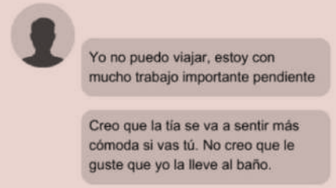
Hace 10 años que vine a vivir a este núcleo urbano en el norte, que me dio aposento, no origen.
Podría decir que extraño profundamente el horizonte de árboles, montañas y volcanes que son visibles desde mi ventana, en la casa materna. Sin embargo, eso no es del todo cierto.

Salgo de mi departamento 5 minutos antes de mi horario habitual, disfruto batiendo mis propios récords. Tomo el metrobus a la hora de siempre, espero en la fila del café como es habitual, llegó a la oficina, a la silla de todos los días. Se asoma entre mis quehaceres un pensamiento, animal hambriento que mastica todo a su paso, ¿cómo va a almorzar la tía mañana o pasado?

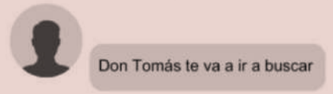
En algunas ocasiones, cuando siento el peso del cansancio, me reconforto imaginando los nudos en la madera de mi habitación, los que recorría de manera hipnótica en mi infancia. Esas galaxias que residían en la tabla de mañío frente a mi cama, dentro de las cuales el tiempo se curvaba y, con algo de suerte, no solamente iba al pasado, sino que a veces también lograba entrever imágenes de mi futuro. Me complacía visualizarme experimentando aventuras, viviendo un amor dulce y cuidando de mi tía enferma.



Aquí me encuentro, firmando rápido y con ira las facturas que me traen. Estoy ideando la manera de explicarle a mi jefe, sin entrar en mayores detalles, que necesito tomar mis vacaciones de manera urgente para viajar al sur mañana. Me incomoda tener que depender de su buena voluntad, especialmente cuando estoy incumpliendo el protocolo de petición de días libres, que yo misma diseñé y perfeccioné meticulosamente. La idea de tener que renunciar en un futuro no es una opción, la convierto en mi límite, en mi trinchera personal. Pero como me acomodo, o ella se acomoda, en mi lista de taras laborales por chequear.



Recorro el camino a mi casa haciendo sonar mis tacos contra el pavimento, dejando que los soplidos de aire frío ordenen mis pensamientos. Imagino a la Luz, mi tía, pequeña, triste y molesta. Teniendo que depender de las señoras de la iglesia, que son sus amigas, pero le caen mal. Y de lo invadida que se debe sentir ante la preocupación de Don Tomás, su vecino. Debe estar pensando en qué actividad puede realizar desde la cama. Porque estar quieta y descubrir los nudos de la madera, no es una posibilidad capaz de formularse en su mente.



Ya en el sur, la casa aparece en la distancia, alzándose como un refugio sobre la loma verde, recordándome que estoy en una realidad paralela a la cotidiana. Al llegar, Don Tomás me avisa que es la hora de la siesta de Luz.

Ingreso a su habitación con la mayor discreción posible. Su mirada se encuentra rápido con la mía, se sobresalta y automáticamente aprieta sus manos surcadas contra su cara, las lágrimas saltan y se escapan de ella. La veo y me veo. Me estrecha en un abrazo, estrujándome con la misma fuerza con la que yo la abrazaba cuando algo me dolía. No éramos conscientes de cuánto miedo teníamos. Mi estómago se relaja. Me recuesto junto a ella en la cama, le pregunto por el libro que está en su velador, la colecta de la iglesia, las hortensias nuevas de la entrada. Cualquier cosa para huir de esa emoción. Me enseñó a cortar leña, no a compadecerme.

Aún no tengo hijos y aquí estoy, maternando a mi tía, alimentándola y haciéndole cariños en el pelo blanco y delicado. Porque si desapareciera el sur, perdería sentido la vida.

Irene *flota* en su tristeza

MARILYN DEL PUERTO

Aire seco en su garganta. Pensó que el nudo era por la deshidratación constante, aunque últimamente dicha sensación no desaparecía luego de sorber el agua de su botella. Esa botella térmica fue un regalo por parte de sus padres en su cumpleaños 24, varios meses atrás, cuando aún la humedad de Galvarino habitaba en sus mejillas pecosas. En ese cumpleaños a orillas del río Cholchol, mientras conversaba con sus primas, Irene consideró que, si desapareciera el sur, perdería el sentido la vida, y aunque era curicana de nacimiento, solía concluir que su verdadero hogar estaba en la chacra de sus padres adoptivos, ya que sólo en sus primeros años, el norte le dio aposento, mas no origen ni identidad. ¡Qué lejana esa tarde! Lejana en tiempo y lugar.

Un día más. Nuevamente la pesadez al levantarse. Salir de la cama se había transformado en el ritual más terrible con el que se podía castigar a una persona. Le enfurecía su desgano. Miraba las fotos de sus papás para darse ánimos, vestirse rápidamente, y partir a su trabajo.

— ¿Y me trajiste el mandil?

— ¡Se me quedó de nuevo!

— ¡Ya po Irene! Si lo necesito po. Te lo vengo pidiendo hace dos semanas ya. Y el que estoy usando tiene el tremendo hoyo después que me quemé con la cocina nueva.

— Perdóname Anita, es que te lo quiero devolver limpio, y tu cachai que no tengo lavadora, así que debo llevarlo a una lavandería, y no alcanzo nunca con mi horario.

— ¡Pero llévalo el fin de semana!

— Ya Anita, te lo traigo sí o sí el lunes.

— ¡Ya oh! ¡Igual estaré toda esta semana con el mandil cochino y roto! Es que no entiendo cómo se te olvida llevar mi mandil cuando tú llevas a lavar tu ropa...
— Anita siguió reclamando mientras cortaba las papas a mano, ya que la corta-papas aún no la enviaban a arreglar. Le ofuscaba que una joven de tan buena disposición al trabajo se estuviera olvidando de cosas tan básicas. Había recibido a su nueva colega hace poco, con mucha alegría ya que faltaban manos en la gran cocina, y le desconcertaba que, luego de entregarle la mejor inducción según ella, la niña nueva demostrara tanta incompetencia. Irene se quedó callada ante el cuestionamiento de su compañera; sabía que era una pregunta retórica, pero realmente ya no recordaba la última vez que llevó su ropa a lavar.

De regreso a la pensión, Irene miró de reojo su set de acuarelas cubierto con una delgada capa de polvo. Se tiró sobre la cama para observar el cielo opaco. Observó en el techo una mancha oscura que no tenía en su memoria, y pensó que quizá los dueños de la pensión sólo pintaban para tapar lo feo, y no arreglaban las goteras que afloraban cuando ocurrían las esquivas lloviznas de Copiapó. Tan fácil es cubrir la fealdad, y tan necesario corregir las goteras. Irene se sentía agujereada como su techo, pero más bien con una fisura en la parte alta de su espalda, una que chorreaba la desazón amarga que impregnaba su cuerpo y su espíritu, terminando por entumecerla. Meses sin tomar once en la casa de sus papás, fines de semana en soledades desiertas, noches atoradas en sollozos, y una sed que nacía de su pecho. En esta nueva vida que intentaba armar, Irene sólo veía verde en las mallas raschel que ocultaban jardines compuestos de arena y algún mezquino cactus.

La tarde transcurría lenta y nubosa. Una brisa fresca impactó el surco mojado entre sus ojos y la sien. Ese pequeño frío en su piel detuvo la divagación -la misma que afloraba en sus desvelos nocturnos- concentrándose en el río salado de su rostro. Lágrimas con ruido de precipitación. Lágrimas con ganas de salir. Lágrimas de rabia, impotencia y congoja. Nunca en su vida tuvo tantas ganas de llorar. Sintió el torso congestionado, iniciando el llanto más terrible de su vida. El océano que nacía de su interior humedeció primero su cabello, continuando con el cojín, y bajando al suelo de cemento rojizo.

En pocas horas, las lágrimas inundaron su habitación. ¿O será que el agua de la lluvia entró por el espacio inferior de la puerta? Para Irene era lo mismo; su única pulsión fue llorar y gemir hasta que el agua tuvo la fuerza suficiente para alzarla de la cama, e invitarla a una danza decadente en el interior de la habitación.

Fue una inusual lluvia de marzo. El desconsuelo que descendió desde las quebradas arrastró basura y quiscos tierras abajo, devorando las casas que habitaban en las faldas de los cerros, y asentando lodo en el corazón de Irene. Ese 2015 sólo el desierto floreció, mas el rostro de Irene se volvió gris como el barro endurecido en las paredes de las casas.

Gotas de agua en tierras amarillas

MARCIA ESPINOZA

¿Mirada fija en el horizonte; nostalgia de tiempos pasados, de verdor, de agua caída con fuerza la noche anterior. Respira hondo intentando encontrar ese olor característico a humedad de las plantas; cierra los ojos y ahí está ella caminando por la arboleda. El viento hace mover ligeramente las ramas de los árboles; el sol ilumina a través de algunas rendijas que le permiten el abundante follaje. Inhala ese delicioso aroma del agua sobre las hojas; observa unas gotas agazapadas entre las hendiduras de una hoja envejecida por los años. Pajarillos que no alcanza a visualizar completamente aparecen y desaparecen en un dos por tres, solo ve un aleteo rápido.Fija su vista en el sendero y sus contornos buscando algún otro signo de vida animal, algo que la haga maravillarse aún más de la naturaleza en ese amado lugar. Ansía ver, como en otra oportunidad alguna lagartija o unos ojillos negros asustados de un roedor pequeño para quedarse impactada por la belleza de la fauna; pero no, esta vez no tendrá suerte y tendrá que conformarse con la visión fugaz del aletear de un pajarillo asustado por su presencia. Respira profundo nuevamente, ahora huele a tierra seca, árida. Abre lentamente los ojos y el hermoso color amarillo rojizo de las hojas otoñales se hace más pálido; son las dunas del desierto atacameño que están frente a ella.

Su esposo nunca entendió su nostalgia por el Sur; él nació y vivió siempre en el Norte y si experimentó el verdor del Sur fue sólo a través de sus relatos o gracias a algún programa televisivo. Sus hijos, que llegaron uno tras otro, sin darle tiempo casi a respirar, fueron quizás más empáticos con esa nostalgia sureña; tanto así que, tres de los siete, fueron a visitar sus añoradas tierras y le trajeron imágenes que le hicieron reafirmar su amor por ellas.

Y, ¿cuándo mamá?,¿cuándo vas a ir de una vez a saciar tus ansias del Sur? Pero siempre encontraba una razón u otra, generalmente económica, para no realizar ese viaje de regreso a sus orígenes. No tenía los medios para hacer un traslado tan costoso; por otro lado, cómo dejar a sus hijos más pequeños y al marido demandante, posesivo. Cuando éste falleció después de una larga y dolorosa enfermedad, se dijo: ahora sí,

ahora podré partir al Sur. Pero, lo fue aplazando, dejándolo ‘para más adelante’; no tanto por pereza sino que tal vez por temor a enfrentarse a una realidad que pudiese decepcionarla.

Se fue quedando en el Norte, añorando ese lugar que seguirá viendo en sueños; la nostalgia pasó a formar parte de su cotidianeidad. Y ahora, ya muy cansada, sentada en el portal de su casa, frente a esas áridas tierras, abundantes lágrimas se deslizan por su envejecido rostro. Sabe que no verá nunca más ese Sur de follajes verdes y húmedos por las lluvias; cabizbaja, fija su mirada en la tierra pálida; le parece que está lloviendo.

Si desapareciera el Sur

PATRICIA ROJAS

Si desapareciera el sur, perdería sentido la vida.
El norte me dio aposento no origen.

Nací en el sur, me lavó la lluvia que acaricia los pétalos aterciopelados, de flores invernales, la misma que se empecina en golpear con fuerza el pavimento de las calles, que se empoza en los vericuetos de los charcos, que colapsa alcantarillas en una carrera loca por alcanzar a ser afluente de aguas correntosas.

Me templó la escarcha fría de la mañana, el cielo arrebolado en tornasol dibujando acuarelas de colores en el horizonte. El viento huracanado me enseño su furia, doblegando sin piedad las copas altivas de los hualles.

Mis huesos cansados se calentaron con el ulmo ardiente en la estufa a leña, con el pancito caliente cociéndose en el horno, con la tetera hirviendo y el mate bien cebado.

Miro el horizonte y las acuarelas han cambiado, las estaciones ceden su paso, el sol valeroso y aguerrido ha ganado, después de tantas batallas perdidas la tímida y colorida primavera me acoge, inicia el cortejo erótico de las colmenas y la miel en su clímax se derrama, las acuarelas bajan del cielo y tiñen de colores el jardín dormido con olor a humedad y olvido.

Mi sur de contrastes me abraza, camino pisando piedras o bajo el mullido verde del bosque y las praderas, con rumiantes a mi lado, echándole un ojo a algún hualle añoso, que sea benevolente y se sacrifique para darme calor cuando el sol pierda sus batallas, y vuelva el agua a caer del cielo, el viento a mugir enfurecido y la escarcha a engalanar de fiesta los potreros.

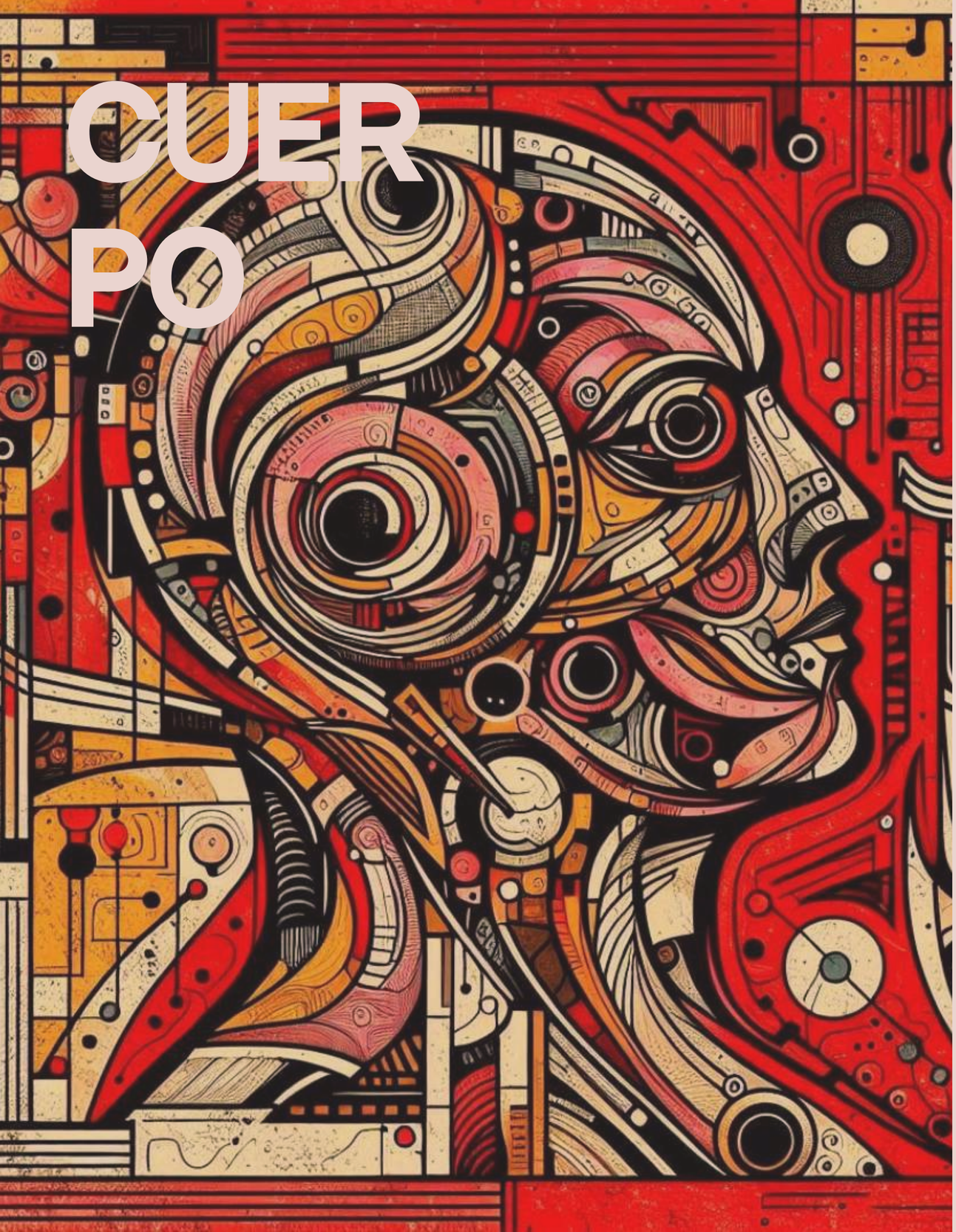
Entonces nuevamente desde mi ventana, miraré como las acuarelas se habrán marchado al cielo, embelesada con el sabor de mates aromáticos.

Si no existiera el sur, mi esencia se iría lejos, se perdería en horizonte y las acuarelas seguro la borrarían y, la brújula se desbordaría en la locura de su acertijo incompleto.

TU calle

ROCÍO HUMERES

El sol brilla, inocente.
El aire seco del desierto
se desliza sobre las aceras.
Y yo camino por tu calle, recordando.
Paso otra vez por las mismas puertas de ayer,
y las ventanas me miran, sorprendidas.
Intento contemplar tu casa,
como antaño,
pero el dolor me hace desviar la vista.
Todo se ve tan vivo y luminoso,
que resulta aberrante que no estés.
Cómo se atreven a florecer las flores,
cómo pudieron reparar veredas,
cómo se atrevieron a seguir,
sin ti.
Siento el perfume
de esos días pasados,
en que tus pasos deambulaban sobre los adoquines
y tus ojos se posaban sobre todo aquello
que observo hoy.
Pero todo sigue igual
y ya nada es igual
al mismo tiempo.
El tiempo avanzó, y te dejó atrás,
y a mi corazón contigo.
Camino por tu barrio, mamá,
tu barrio humilde y ceniciento.
Con olor de pan, y de tierra húmeda en invierno.
Con el arrullo de la tórtola que tanto te amargaba.
El aire corre, limpio, como si nada hubiera pasado
—sin dolor, sin recuerdos—,
y las murallas devuelven la luz inocente del sol inocente,
que brilla como si no supiera.
Pero yo sé, mamá, y camino sabiendo y sintiendo;
recogiendo pequeños pedacitos de tu corazón
diseminados por la cuadra.
Tres mil trescientos treinta y seis; tres mil trescientos treinta y ocho.



El *dolor* del sobreviviente

PAZ SANERO

El accidente aéreo del vuelo 571 de la Fuerza Aérea Uruguaya en 1972; consistió en un vuelo chárter que transportaba a 45 personas (5 tripulantes y 40 pasajeros) y que se estrelló en las cadenas montañosas de la cordillera de los Andes en dirección a Chile. El acontecimiento representa una tragedia y un milagro - al mismo tiempo -.

Rescato este suceso al ver la película “La Sociedad de la Nieve” en la plataforma de Netflix. A mí me removió todo por las similitudes de experimentar un acontecimiento colosal y tan azaroso que transforma la vida tanto física como existencialmente. Considero este hecho como uno de los tantos hitos de supervivencia humana - enfrentar las adversidades - durante 72 días.

Mirar duele, las imágenes te atraviesan con brutalidad el cuerpo - como si el dolor fuera propio-. Es justo en ese instante, donde los vestigios de una persona, y su esencia son conservados por el paso del tiempo. Algo así como petrificados en resina hasta que se convierten en una gema digna de ser contemplada. Al volver la mirada, así es como alcanzo a rescatar la incómoda verdad - la trascendencia de lo humano - de una tragedia.

Sociedad

"La sociedad de la nieve" y cómo se rompió el gran tabú de la tragedia de Los Andes

Publicado por Denisse Charpentier
La información es de Perfil

Domingo 14 enero de 2024 | 17:38

Leer más tarde

Medio Asociado perfil.com

PERFIL

DRAGÓN
guardián de la noche

PAMELA MUÑOZ

El **silencio** se alzó con fuerza, punzando la noche.

Con cada sobresalto, buscaba mi reflejo en el *espejo*, confirmando que mi existencia no se había desvanecido.

El remedio era conocido como **quebrantahuesos**, rompedor de miradas y destructor voluntades.

Tu mente se convirtió en un **jeroglífico** arcano indescifrable.

En cartas **inéditas**, me topé con la esquiva expresión de tus palabras al borde de la tinta.

En ocasiones, considero que tu partida sería necesaria para *sanarme*.

Todas mis **obras** son un intento de anclarte aquí, aferrada a la cama, aunque tú prefieras partir.

Un dragón **asiático** se posa, vigilante, sobre tu pecho.

Cada día, me corresponde nutrirlo, mientras tu garganta se desentiende del arte de *tragar.*

Al animal le planteo numerosas **preguntas** sobre el fuego.

Nos vislumbró a los tres planeando sobre la **ciénaga**.

Tu **cama** se ha transformado en un mausoleo floreado.

La *enfermedad* nos atrapa a ambas en un estado de pausa, congeladas en el tiempo.

Mi mente se escapa a habitar una **isla** con el dragón.

Deseo que la bestia se transmute en un guardián **humano**, capaz de ofrecerme refugio.

El **oráculo** jamás auguró que pasaría día y noche a tu lado, junto a tu cama.

Creo que hubo una grieta *comunicación* cuando mi existencia se anclaba en la a la tuya.

Un ladrido me saca del sueño, y verifico tu respiración una vez más.

Estoy demasiado cansada como para ponerme en **acción.**

Mi **casa** se redujo a la silla al lado de tu cama.

Dormir sentada tanto tiempo nunca fue un **proyecto** de vida.

Los médicos advierten que tus pulmones podrían volverse de **concreto**.

En tus **cartas** expresabas el miedo que sentías al cuidarme.

A veces, te miro y siento como si habitases detrás de una cortina de **humo**.

Me volviste un **artefacto** para tu sobrevivencia.

He olvidado un poco el mundo y su rutina diaria.

Del consultorio **municipal** ya no vienen a verte; dicen que solo nos queda esperar.

Escribo, entre el sueño y la vigilia, mientras observo el inflar y desinflar de tus pulmones.

AQUÍ, DONDE ME CURVO

PAMELA MUÑOZ

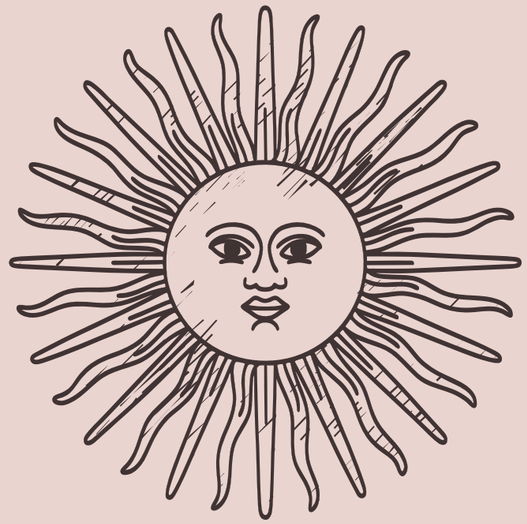
En el lugar donde debería existir una cola,
me exijo elongaciones.
La agricultura me volvió sedentaria.
La tecnología me sentó en una silla.
Donde la columna irrumpe y me erige,
la suma de quehaceres explota
y me afloran hernias discales.

El pueblo al ser distante me salva.
Tener que comer me obliga a caminar,
un pie sediento tras otro.
Así se fortalece mi cuadrado lumbar.
En cuatro patas aprendo a cuidarme.
Me dejo sostener por los cordones montañosos,
el volcán Puntiagudo me cuida.
Me rindo al influjo de las estaciones del año.

Trancé fragilidad por una mutación genética
y me erguí triunfante sobre dos piernas.
Las vértebras tienen su propio dialecto,
se comunican directo con el centro de la tierra.
En cada vocablo lucho contra la gravedad,
y me flexiono en su lenguaje antiguo.
La actividad celebra mi capacidad de movimiento
y bailo aliviada mi persistente rutina diaria.

Sin luz

MÓNICA OSORIO



Hace 25 años que trabajaba en ese hospital con nombre de médico que por algún motivo fue famoso entre los suyos. Diez de esos años los había pasado en el piso de maternidad.

Gabriela nunca había visto algo así.

Cuarta vez en un mes que se veía de pie junto a la entrada de un pabellón alfombrado por el terciopelo burdeos de la sangre derramada. Era tanta que sabía que los brazos por los que había circulado nunca podrían acunar a su recién nacido.

Todavía bajo el umbral vio como la auxiliar tomaba algunos paños y comenzaba a agitarlos sobre las aguas de ese profundo océano granate.

Después de la segunda, sus compañeras habían dado inicio a las teorías. No era normal que ocurriera tan seguido. Mujeres desangradas hasta la muerte después de parir. Pobres hijos, decían, tendrían que cargar con el peso de haberles costado la vida a sus madres. Una bacteria intrahospitalaria, contaminación con algún tóxico, una maldición... Sí, el hospital era viejo, más de 100 años, seguro las almas de cientos de mujeres y mortinatos deambulaban por esos pasillos.

- "A los vivos hay que tenerles más miedo. Los muertos ya están muertos"- repetía una de sus compañeras que parecía mucho más sabia que el resto.

Pero no fue hasta la tercera que creyeron desentrañar el misterio: la única persona que se repetía en el equipo de los partos era Margarita, la TENS. El Director se reunió con las jefaturas a puerta cerrada. Un día incluso se vieron autos de la PDI estacionados fuera. Pobre Margarita. No resistió. Le iniciaron sumario y ahora estaba con licencia médica por estrés. Por eso aquel día quedó claro. Para la cuarta muerte Margarita ya no estaba en el hospital ¿Cómo podría ser ella?

Cuatro parturientas desangradas después de la cesárea. Siempre cesárea. La maldición no tocaba a las de parto normal. Aquel día, todos parecían tenerle miedo a cada persona que transitaba enfundada en delantal blanco por los oscuros pasillos.
A veces Gabriela se dedicaba a mirar a los recién nacidos. Eran todos tan lindos, perfectos. Manitos pequeñas con sus pulseras de identificación como primera bisutería barata. Durante tantos años soñó con que su propio retoño estuviera ahí, o en cualquier otra neonatología. Pero el vástago se negó a llegar. Y su marido se negó a seguir intentando. Al menos con ella, porque se fue a tener hijos con la otra. Y dos. Cómo la odiaba.

Pero en ese momento, de pie junto a la puerta del pabellón, Gabriela pensaba en que había visto tantas cosas, muchas cosas, en todos esos años que llevaba de servicio, pero nunca había visto algo así. Jamás. Y era lo más hermoso. Un lienzo sedoso de sangre de las que no habían querido abrir las piernas para parir. Un manto tornasol de restos, moteado con las heces de aquellas que no fueron capaces de traer al mundo a sus hijos como dios manda. Las que parían mal no merecían ser madres.

Años de cínica práctica le habían permitido sonreír de manera benevolente, mantener un tono compasivo que la disfrazaba de inocente. Introducir la heparina en la bolsa de suero había sido lo más sencillo de todo.

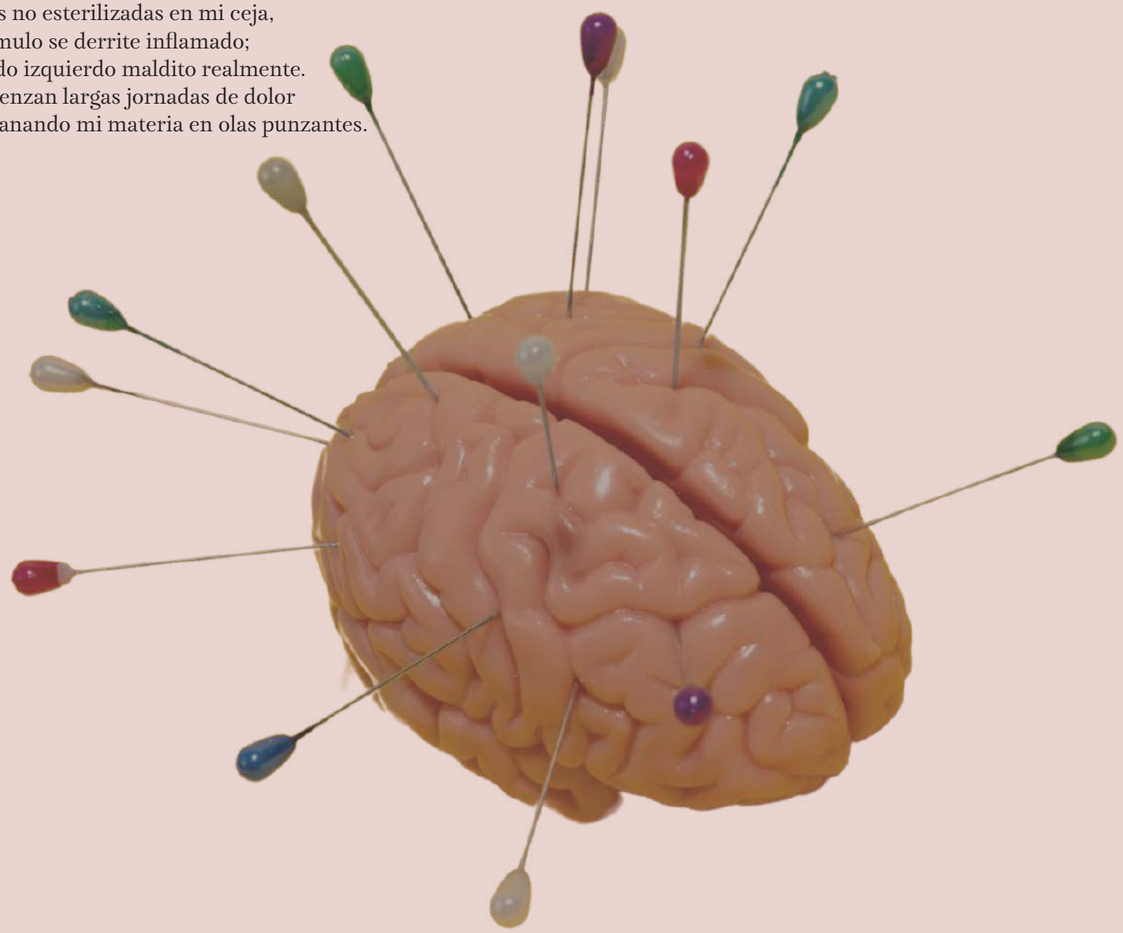
Gabriela cerró los ojos y solo se dedicó a absorber el dulce olor a hierro de lo que creía justicia.

MIGRAÑA

MARILYN DEL PUERTO

Siento el ojo siniestro raro
¿Será falta de comida caliente?
¿O los varios días sin dormir?
De seguro la carencia de abrazos,
alguien que me diga “en invierno lloverá”.
Tal vez este ritmo apresurado
corriendo siempre, rabeando silente,
sofocando alegatos ajenos y cruentos,
como el agua que arrastra lo café del té.

Tengo la cuenca del ojo congestionada,
sumado a un frío aterrador en la fiebre,
una bomba en mi globo ocular,
hormigas de fuego en el hueso nasal,
agujas no esterilizadas en mi ceja,
el pómulo se derrite inflamado;
mi lado izquierdo maldito realmente.
Comienzan largas jornadas de dolor
desgranando mi materia en olas punzantes.



LA ESQUINA

SU VENEGAS

El hombre que vendía calugas en la esquina del liceo se aproximó a ella al pasar y le susurró, casi tocándola, que tenía unos labios ricos.

La chica a sus quince años lo miró por unos segundos sin detener su marcha, estaba tan cerca que podía oler su agrio aliento. Se sintió sucia, sin saber por qué. Se arrepintió en ese momento de haberse puesto el brillo de frutilla que le prestó su mejor amiga. Apenas se subió a la micro, abrió su mochila y sacó el espejito quebrado que llevaba para todos lados. Con disimulo, se miró con detención; detestó haber nacido con esos labios tan gruesos y que llamaran la atención. Con la manga del chaleco, se sacó todo rastro de brillo y quedó con su contorneada boca al natural.

Miró por la ventana a otras escolares en el paradero, más pintarrajeadas que ella, con los ojos bien delineados y labiales mucho más llamativos que su simple brillito. Se preguntaba si el tipo de las calugas les habría dicho lo mismo a ellas.

Transitando hacia su casa con la cabeza pegada al vidrio, buscaba respuestas, sabía que no le podía contar esto a su mamá, pues la regañaría por andar dándoselas de grande e ir maquillada a estudiar. Le diría que ella tiene la culpa de que la miren hombres grandes, más aún si anda mostrando las piernas con esa falda tan corta. Aprovechó de acomodarse el uniforme, para mostrar la menor cantidad de piel posible.

Al bajarse de la micro, se sentía observada, el pasillo parecía más largo de lo que realmente era, advertía los ojos de los demás pasajeros puestos en ella, el chofer le sonreía por el espejo retrovisor. Era la misma sensación de sus pesadillas de niña: desnuda entre medio de mucha gente y ella intentando correr para luego, con espanto, darse cuenta de que por más que se esforzara, permanecía en el mismo lugar.

Quería ocultar su rostro del mundo, que nunca nadie más se atreviera a mirarla ni a susurrarle cosas al oído. Asqueada con el recuerdo de esa escena, ya casi llegaba a su casa. Algo había cambiado desde que salió del liceo esa tarde. El burdo gesto de deseo de ese hombre le arrebató la confianza para andar tranquila por la calle, sin el estigma de la culpa.

Al día siguiente se levantaría con una auto sentenciada condena que la acompañaría por años, recordándole su vergüenza y vulnerabilidad, evitando esquinas y deseando convertirse en un ente invisible.

Con*fianza*

SU VENEGAS

Cierra todas las puertas y ventanas.
Duerme confiada.
Ignora la madre
que el peligro está a dos metros;
en la habitación del lado.

Los ositos

SU VENEGAS

Tardé horas y años en encontrar la paz,
sintiéndome desnuda en el cuarto del fondo,
aquél con papel mural de ositos en paracaídas.
Ositos sonrientes,
únicos testigos del susurro que me pedía
cerrar la boca y dejarme tocar.

Re ver be rar de tu voz

MÓNICA OSORIO

Tu voz, como era la suya, es dulce y cantarina. Te escuché y enloquecí. Me perdí en los recuerdos.
¿Cómo podría haber entendido lo que decías? Si por fin, luego de tantos meses, mi niña volvía a hablar ahora a través de tu boca.

Escuché nuevamente su risa en mi cabeza, aunque tú no reías. Me mirabas seria, esperando algo de mí. Solo encontraste un rostro que te miraba estupefacto, unos ojos desconcertados por el pánico y también la esperanza. Ojos que pronto se cerraron. No quería verte. Quería oír tu voz, dejarme envolver por ella, sentirla nuevamente en mis tímpanos, los de verdad, no solo en los de mi mente.

Sé que me preguntaste por mi ánimo y cómo estaba durmiendo. Tus palabras detonaron el recuerdo de la última mañana en que estuvimos juntas...

¿Cómo dormiste, mami? - No te contesté. Ni a ti, ni a mi niña aquel día. Estaba enojada. Otra vez llegabas tarde al liceo.

Levántate cabra eh miéchica, mira la hora que es- Corrí la cortina y dejé entrar la luz a la pieza. Seguí gritando un buen rato desde la cocina, hasta que apareciste a medio vestir con tu uniforme, peinándote, y me preguntaste cómo había dormido. En eso pensaba cuando tú, no mi niña, insististe...

-¿Me escucha?, ¿Entiende lo que le digo?- Claro que te escuchaba, no entendía del todo, pero sí, te escuchaba. No podía contestar. Los recuerdos me estrangulaban el pecho a punta de angustia y dolor. Ninguna palabra habría podido salir de mi boca. ¿Qué te podría haber dicho?

¿Cómo cree que duermo, doctora? Me mataron a mi niña. La tiraron en pedazos a secarse al desierto ¿Cómo cree que duermo si cierro los ojos y veo sus zapatitos de colegio sucios bajo un montón de basura?, ¿Cómo cree que duermo si me pidieron reconocerla, a mi niña, a la que parí y cuidé? -.

Eso te podría haber contestado, pero me quedé en silencio, con los ojos cerrados, inhalando el aroma que se desprendía en tu recuerdo. Que se perdía a jirones en los fragmentos de mi memoria.

También me preguntaste cómo estaba comiendo...
¿Cómo sigue el apetito?– Y me lanzaste así al recuerdo de ese último desayuno. Estabas atrasada, no alcanzabas a comer. Guardaste en el bolso el pan con mantequilla y me pediste plata para una leche. Las monedas estaban aún en tu mochila. Te alcanzaste a comer ese último pancito. Escuché a un paco comentar el informe de la autopsia. Ese hijo eh puta te secuestró, te violó, te mató y te tiró en pedazos... y tenían además que hacerte tantas cosas horrendas. A quien le importaba lo que tenías en tu guatita. Mi niña. Mi pobre niña. Seguí con los ojos cerrados, enojada cada vez más con todos. Con ese psicópata, con el del Médico Legal... con los pacos por ignorarme tanto tiempo... con las vecinas por decir que te habías ido a Bolivia... contigo por haberte atrasado y tomado un taxi... y contigo doctora por preguntar lo evidente.

¡Claro que no estoy comiendo!, ¡Obvio que no estoy durmiendo!, ¡Por supuesto que los pensamientos se repiten en mi cabeza, me dicen que lo mate, que me mate, que acabe con todo este dolor!

Sé que apreté los ojos y las manos con fuerza y empecé a llorar, a gritar. Eso lo recuerdo. Sé que me paré y seguí gritando. Pero después del Haldol ya no supe más. Me dijeron que traté de pegarte. Que me tuvieron que inmovilizar.

Desperté abrazada nuevamente por el chaleco de contención. Ahora sé que no eras ella. Dos cajas de quetiapina después entendí que tú eras tú y no ella. Mi niña. Pero no vuelvas con tus preguntas. Te pido por favor. Manda a otro. Que por más olanzapina o carbamazepina que corra por mis venas, en tu voz seguirá apareciendo su recuerdo.

Y ahora solo necesito empezar a aceptar que ya no volverás.

Moscas en el bosque

MARCIA ESPINOZA

Cuerpo desnudo, desmembrado, hallado entre unos arbustos a orillas del río; parte de las piernas y del brazo derecho mutilados; la cara irreconocible por la huella de los golpes; torso casi intacto, los pechos grandes y firmes, pezones violáceos. Moscas sobre las heridas. Comienza a agruparse una gran número de personas que descienden apresuradamente de automóviles estacionados al borde de la ruta; algunos con curiosidad morbosa, otros preocupados pensando que podría ser un familiar o algún conocido. Se oye el ladrar de los perros en el bosque, azuzados por la policía en busca de indicios sobre ese macabro homicidio.

Yo también he bajado rápidamente de mi auto para presenciar qué llama la atención de ese tumulto de gente alborotada. Intento acercarme y hacerme un espacio entre los horrorizados testigos de ese triste hallazgo. Observo los ojos abiertos de la occisa como buscando una respuesta en el cielo; respiro aliviada al no reconocerla. Comienzo a alejarme cuando oigo unos gritos desgarradores; una mujer se acerca corriendo, casi aullando: ''Ana, mi Anita, mi niña''. Le toma sólo unos segundos constatar lo que ya le habían informado: es su hija, desaparecida desde hace una semana. La mujer se abalanza sobre el cuerpo mutilado; se saca inmediatamente su humilde abrigo para cubrir el torso de la joven mujer. Llanto ahogado, alaridos de dolor; la madre besa esa cara destrozada, le cierra los ojos con sus manos temblorosas. Me inclino hacia ella tocándole el hombro en un inútil intento de consuelo. Un policía se acerca, la toma por los hombros tratando de hacerla ponerse en pie; la mujer se resiste; un hombre joven llega también corriendo y la abraza fuertemente para tratar de contenerla.

Me alejo conmovida, subo a mi auto y lloro por todas esas mujeres que siguen sufriendo y sucumbiendo a la violencia; pienso, descorazonada, no a lugar ese ´ni una más´. Y, lo peor, Ana no será la última.

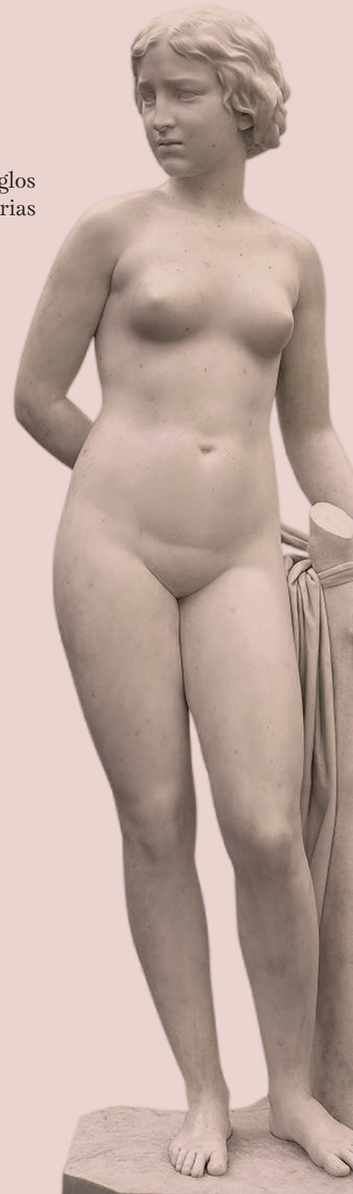
TRANS*FIGURACIÓN*

MARCELA SOLO DE ZALDÍVAR

Me figuro lavando los platos
Recogiendo la mesa
Mudando mi alma

No sé escribir me repito
Muchachita inservible
Ese mundo no fue hecho para ti

Permanezco en mi inmóvil
Como una montaña que observa los días
Y procura en su silencio
Elevar la plegaria y destetar
Todos los sonidos implacables adormecidos en siglos
La doctrina romántica de conducir nuestras miserias
Hacia una limpieza kármica.



VIVE

SU VENEGAS

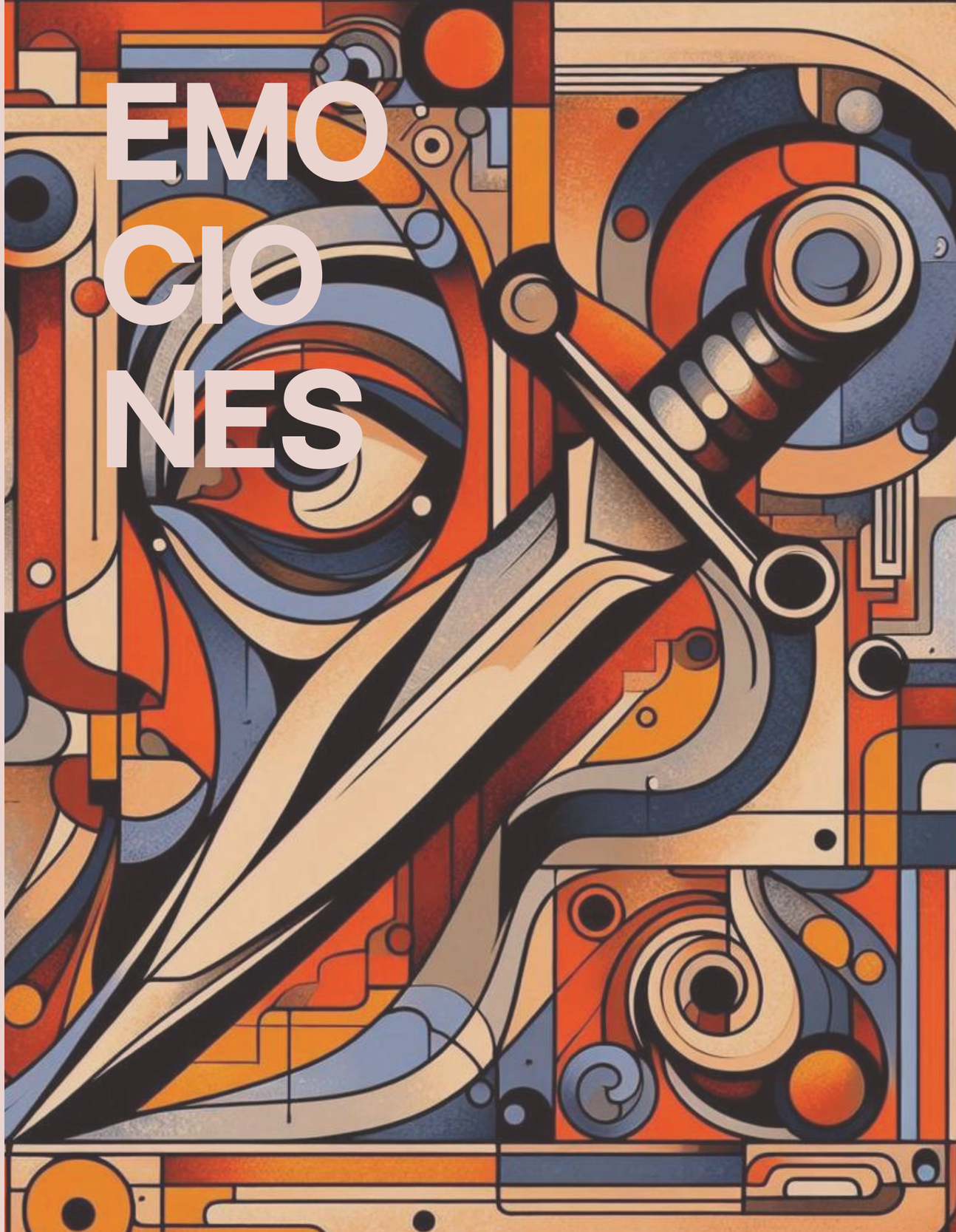
Agarra una esponja y ponle mucho jabón.
Pásala por tu cuerpo con tal ímpetu, que sangres,
o al menos, veas tu piel irritada como después de
haberte dormido bajo el sol del mediodía.

Deja que el agua moje todo tu cuerpo y que salga el llanto,
para que se diluya entre la espuma, sacando de ti ese momento,
esa decisión, esa culpa.

Duerme en posición fetal. Matérnate. Invoca a tus almas
y sabrás que no estás sola. Rescribe tu biografía y crea tu consigna.

Mas no olvides lo más importante:
VIVE para denunciarlo,
VIVE para ver abatido a tu agresor.

(Inspirado en Antonia Barra)



des *velos*

ROCÍO HUMERES

En el borde del abismo,
me siento a contemplar
un rostro
(quizás el mío).

En la pena de ser finita
lloro lágrimas honestas
(corren por su faz, atropelladas)
pues Ayer se fue muy pronto,
y la inmensidad se acerca.

No alcancé a mirarlo bien
y apenas pude conocer
a la persona que lo habita
(tiene grandes ojos tristes).
Todo pasó tan rápido;
ya casi es tiempo de partir.

De noche

MÓNICA OSORIO

En las noches te veo
Difuminado en sueños turbulentos
Caóticos
Densos
¿30 años?
El tiempo estancado
Detenido en imaginarias fotografías en sepia
Seguimos siendo niños
casi adolescentes
pero no todavía
Uno a cada lado del estandarte
somos los encargados de la pulcra bandera
Yo la sostengo
con mis manos enfundadas en guantes blancos
tú mueves con tus dedos la driza
En un país aún en dictadura
entonamos un himno que habla de cosas que no entien-
do La tumba de los libres
Nombres que llevaré grabados en mi pecho
Solo en las noches reapareces en el recuerdo
Tu rostro no carga con los trazos mezquinos
que dibuja la vida
No se envejece en el mundo de los sueños
Tampoco se vive
Se aspiran breves instantes
de otra vida ya perdida
fragmentos tornasoles de momentos que no existieron
fractales de tiempo en los que me duele recordarte
Y con la llegada del alba te pierdo
porque solo en las noches te veo.

RABIA ADULTA

MARILYN DEL PUERTO

Desecho la esperanza
porque los medios para mantenerla
alzan las expectativas de una confianza inexistente.

Decreto que no hay futuro para mí
ni paraísos con montañas en primavera
ni animales salvajes mansos
-porque en su esencia son silvestres,
hijos del fotoperiodo y las feromonas-.
No quiero esperanza si ella me trae inconsistencias.

Arrebato la incandescencia eterna
de la miel contenida en las palabras aterradoras de un adiós.
Hasta nunca la desdicha de la ilusión.
Me abrigo en la tierra estridente,
negro sustrato poseedor del cianuro contemporáneo.
Alimentos inconsumibles sobre una mesa sin decoro.

Alerta abierta: no hay edad para designar responsabilidad.
Ni a los 80 serás libre del cuestionamiento,
porque a sus ojos no tienes soberanía sobre tu piel,
y tus huesos caen sobre los asientos que ellos diseñaron
hace proféticas centenas de años.
Época sin esperanza para una mujer
que ahora desprecia el futuro esplendor.

Trazos

PATRICIA ROJAS

I

Amo los trazos irregulares,
imperfectos, intrascendentes pero fecundos trazados con improvisación intencionada determinantes del todo y a la vez de la nada Amo la consecuencia mancillada
de la incertidumbre de lo cierto dibujando trazos soberbios,
que nos llevan a todas partes o a ninguna trazos lanzados con ímpetu de juventud que busca la sustancia de su cimiento.

II

Me gusta sentirme así a plenitud respirando por los alveolos
la libertad hecha partículas de aire puro llenarme de la fuerza de los elementos gritar dando alaridos de libertad caminar, correr por caminos ignotos marcando huellas húmedas y frescas ...
Dar saltos de colores para interrumpir en el viento
el vuelo rasante de una paloma arrancarle unas plumas a mansalva bajar hasta la profundidad de la caverna armar una hoguera improvisada
asar en ella la carne tierna de un lechón y ofrecerlo en sacrificio por un destello de inspiración

III

Siento en mi ser la magia de lo oculto de lo indeterminado de lo sustancioso el moho de la maldad corroe mi forma pero una gruesa corteza ... protege mi esencia
estoy en el inicio de todo
voy sin rumbo, pero en la inmensidad
del desorden aparente ... después de tensar la retina
encuentro que los trazos antes irregulares se van volviendo inmanentes
La miopía que me acechaba ...hoy se ha retirado
la pupila antes dilatada ...ha retornado a su lecho
aparece en el horizonte un trazo igual a mi único y a la vez diverso ...
mi corazón se sobrecoge
ya no hay soledad en mi tedio
ya las líneas sueltas se van formando y se van uniendo
ahora con la copulación de sus vértices solo subsiste uno
una raya recta que me une a mi complemento el uno se une al dos ... y forman un solo elemento
han divagado la mitad de la vida buscándose para reencontrarse al final del libreto
lo que reste de este cuento el futuro es tuyo, mío y ¿por qué no soñarlo? ... nuestro.

El árbol de la *humildad*

PATRICIA ROJAS

Señor concédeme un deseo
solo uno te pido Señor
permíteme transformarme en un fruto
dulce, joven y fuerte.

Que crezca de una semilla fértil
Aún cuando sea imperfecto, más eso no importa
porque reconozco en ese defecto
la fragilidad de mi existencia humana.

Hazme de carne tierna de
corazón preparado para
enfrentar el sacrificio
dame momentos o mejor ... destellos luminosos
de pequeñas pero trascendentes alegrías.
No dejes nunca de recordarme
que mi existencia es corta...
déjame saborear el néctar de la vida
enséñame con lecciones intencionadas
que el sentido de mi existencia
será eterna cuando ya no esté.

No permitas que termine mi camino
sin haber entendido a que he venido
cuando el árbol de la humildad
me mire con dulzura
cuando mi carne sea devorada
la última imagen en mi retina
sean tus ojos ... diciéndome misión cumplida ...

MEMENTO

PAZ SANERO

La sonrisa es soberana
capaz de sostener cualquier ruptura,
divago en la mirada.
Y en cuanto comprendo a mi alegría
como un destello incandescente,
decido resguardarla.
Me pregunto - si alguna vez -
tendré el mérito de blandir los dientes
e izar los labios
con la voluntad pura de reír.
Es más que eso.
Estrujar ese instante, Inagotado de experiencia.
Y así obtener una especie de savia,
símil al zumo de la coexistencia.

LUMINISCENCIA

ROCÍO HUMERES

En el perpetuo movimiento
me construyo y me defino:
caminante de mil rumbos,
hija del sol y los cometas.

Lavó mi rostro, en la mañana,
el arroyo montañoso.
Besó el mar nocturno mis pies,
calzados de espuma y arena.

Seguí avanzando hipnotizada
por el canto del azar,
renegando de las sendas,
atravesando las espigas,
bebiendo el licor de la tarde
— mi corazón dirigido
por el anzuelo de plata
de una bandada de pájaros —.

Criaturas *PELIGROSAS*

MARCIA ESPINOZA

Hace un tiempo, una amiga, que conoce mi afición por la lectura, además de mi posición con respecto al feminismo como ideología reivindicativa, me regaló un afiche que promulga: ''las mujeres que leen pueden ser criaturas peligrosas''. No supe si reírme o enojarme por la premisa, pero pensé que, si las mujeres que amamos la lectura somos consideradas peligrosas, puedo imaginar cómo nos ven a quienes, además, osamos 'tomar la pluma' para expresar nuestros deseos, sueños, proyectos de vida, además de frustraciones, dolores y quejas.

Es indiscutible que el acceso a la lectura, en particular de textos de mujeres, nos ha hecho tomar consciencia de los derechos que el sistema patriarcal, en el que aún estamos insertos, particularmente en los países tercermundistas, nos han negado por siglos. El temor que podemos provocar quienes ejercemos el oficio de la escritura, sea de ficción u otra, está probablemente relacionado con lo que queremos plasmar en un texto con intenciones reivindicativas o de denuncia. Efectivamente, la escritura femenina puede ser considerada ´peligrosa´ particularmente para quienes temen ser 'desenmascarados', como por ejemplo cuando describimos situaciones de abuso o violencia sexual ejercida en contra de personas vulnerables, que normalmente suelen ser, en su gran mayoría, niñas y mujeres. Así, algunos violadores consumados, o en potencia, sentirán miedo de nuestra pluma pues ese escrito podría delatarlos y, al mismo tiempo, darle coraje a la víctima para denunciar el abuso que está sufriendo o que ha sufrido en algún momento de su vida.

Cabe preguntarnos ¿será por esta razón que el sistema patriarcal históricamente nos ha querido silenciar, comenzando por negarnos el derecho a la educación? No olvidemos que, sólo para hacer referencia a algunas de nuestras más ilustres predecesoras: la mexicana Sor Juana Inés de la Cruz, en el siglo XVII, tuvo que encerrarse en un convento para que se le permitiera estudiar astronomía, uno de sus varios intereses. Y, no solamente se dedicó a estudiar y a leer los clásicos, sino que también creó los poemas más extraordinarios de su época, entre otros tantos textos ensayísticos y de dramaturgia que dejó como legado. Pero claro, su historia no podía terminar, sino que trágicamente; se había permitido criticar a los hombres, llamándoles ´necios´ por considerarlos injustos con sus mujeres. Este hecho, entre varias otras subversiones de parte de la 'monja' fue inaceptable para los jerarcas de la preponderante Iglesia Católica, por lo que la obligaron a dejar de lado todas sus inquietudes intelectuales y dedicarse a 42 cuidar enfermos de la peste que asolaba México en esos días. Inevitablemente, moriría contagiada.

Otra mujer, tres siglos más tarde, en el continente europeo, reclamaba una 'habitación propia' para poder dedicarse a la escritura e incentivaba a otras mujeres a hacer lo mismo; Virginia Woolf, quien dejó una obra extraordinaria, considerada de las más importantes del feminismo universal, para la posteridad, también tuvo un final dramático; frustrada por las injusticias que consideraba ser víctima; aquejada de desequilibrio mental, decidió terminar sus días ahogándose en un río, cerca de la casa familiar.
Por otra parte, nuestra laureada gran poeta y ensayista nacional, Gabriela Mistral, quien no se dedicó únicamente a la escritura sino que también tuvo un rol esencial en la gestión de la Educación en Chile y América Latina, promoviendo la apertura de escuelas públicas y así llevar los programas educativos hasta las áreas más recónditas del continente. Como lo declara en sus numerosos artículos periodísticos y ensayos: ella además abogó por la educación de las mujeres de áreas rurales en los países latinoamericanos. Esta importante exponente de nuestras letras, moriría lejos de su patria, la que tardó mucho tiempo en reconocer su gran valía.

A pesar de su triste final, estas tres grandes de la literatura universal nos siguen inspirando; ellas han marcado el camino a seguir para adjudicarnos el derecho a ser entes pensantes y reflexivas sobre la vida que nos ha tocado vivir. Gracias a ellas, además de tantas otras mujeres geniales y valientes que escribieron antes, somos muchas las que intentamos modestamente emularlas.

Concluyo esta reflexión insistiendo en que, si hay algo realmente peligroso, es el silencio. No escribir significa atragantarnos con las palabras que a veces salen a borbotones, no de la boca, sino de los dedos que tipean imparables; porque si nos guardamos todo lo que queremos expresar, se nos puede secar el corazón y evaporar el alma. Y, aunque sigan intentando silenciarnos, como lo están haciendo los talibanes en estos momentos con las niñas afganas, elijo ser 'peligrosa', con la mirada brillante y la frente en alto.

escritura para mujeres

Autoras en este número

Marcela Solo de Zaldívar
Marilyn del Puerto
Marcia Espinoza
Mónica Osorio
Rocío Humeres
Pamela Muñoz
Patricia Rojas
Su Venegas
Paz Sanero

Las imágenes que acompañan esta revista han sido creadas utilizando Microsoft Designer, tomando como referencia las obras de Kandinski, Miró y Mondrian. Adicionalmente, las fotografías han sido descargadas de las plataformas Freepik y Canva, empleando cuentas Pro para garantizar la mejor calidad visual.

Referencias:
Sor Juana Inés de la Cruz, Poema: 'Hombres necios que acusáis', Redondillas.
México, 1968.
Virginia Woolf, Una habitación propia, London, Hogarth Press, 1929.
Gabriela Mistral, Lecturas para mujeres, por Palma Guillén. México. Editorial Porrúa, (1922-1924).

Los escritos en esta revista son parte del proyecto desarrollado por la Escuela Escritura para mujeres en el curso de escritura creativa avanzada, primer semestre 2024.

Escritura para Mujeres es una escuela virtual que se dedica a formar autoras. Fue fundada el año 2019 por la profesora y escritora chilena María Rosa Casanova. En los registros de su trayectoria, cientos de estudiantes han accedido a las instancias de formación literaria que la Escuela promueve, empezando desde el vínculo más inicial con la escritura, hasta llegar al objetivo de la publicación de sus propios libros.

En este acompañamiento de los procesos autorales, la Escuela ha publicado seis libros en formato de antologías con distintas editoriales chilenas. Reuniendo en estas publicaciones a más de 60 autoras emergentes.

Para hacer este proyecto realidad, en el camino han colaborado activamente profesoras y escritoras chilenas, permitiendo así, crear una amplia red de apoyos, experiencias y sentires, con el fin de ofrecer a las mujeres, una posibilidad cierta de convertirse en escritoras.

www.escrituraparamujeres.com
instagram: **@escrituraparamujeres**